BIOGRAFIAS POPULARES DE MURCIANOS ILUSTRES

I

JESÚS PASTOR DÓMINE

DON DIEGO SAAVEDRA Y FAJARDO

ACADEMIA «ALFONSO X EL SABIO»
DE LA
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE MURCIA

1956

Premiada la presente obra, en el Concurso Internacional abierto por la Academia «Alfonso X el Sabio» de la Excelentísima Diputación Provincial de Murcia, con ocasión del III Centenario de la muerte del insigne escritor y diplomático murciano don Diego Saavedra Fajardo, la Academia acordó, en sesión reciente, que, con la edición de esta biografía, se iniciara la de una serie de «Biografías Populares de Murcianos Ilustres». Y cumpliendo este acuerdo éste es, pues, el primer número de dicha serie.

A él seguirán, sin un orden determinado y con la periodicidad que los medios de la Academia permitan, otras biografías similares. Aspira la Academia a llevar al conocimiento del público murciano el de aquellas personalidades del ayer que, al elevarse, por sus méritos, en los campos del arte, de la ciencia, de la política, etc., elevaron el nombre de Murcia. Quiere que, al leerse el nombre de un murciano en la lápida de una calle o en la del monumento a los murcianos ilustres, tenga el lector, junto a sí, la confidencia que la Academia le hace, contándole, con palabras sencillas y justas, la historia de aquella vida que mereció tal distinción. Estima, la Academia, cumplir así uno de sus más interesantes deberes de murcianidad.

Obra premiada en el Concurso Internacional sobre Saavedra Fajardo y su obra, convocado por la Academia en el III centenario de su muerte.

ACADEMIA «ALFONSO X EL SABIO»
DE LA
Excma. Diputación Provincial de Murcia

SERIE: BIOGRAFIAS POPULARES DE MURCIANOS ILUSTRES — N.º 1

JESÚS PASTOR DÓMINE

Don Diego Saavedra y Fajardo

MURCIA
1956

No hay vida tan corta, que no tenga bastante espacio para obrar generosamente.

Empresa XV

CAPITULO I

PRELUDIO

La cuna no florece hasta que ha florecido la tumba...

Empresa XV

Don Diego de Saavedra nace un día de mayo de 1584. Políticamente considerado, es éste el instante cumbre, el momento más brillante del Imperio Español. Es cuando nuestra Historia patria, en vez de historia, parece leyenda forjada por míticos gigantes y no por hombres, por frágiles hombres de carne y hueso, con sus lacras y sus pasiones, sus alegrías y sus lágrimas. Hace apenas dos años que Portugal —y con ella sus inmensas posesiones ultramarinas—, ha quedado incorporada de un modo efectivo a la comunidad española (1). Nos hallamos a tres años de distancia de la conquista de Filipinas. La altiva frase de que el sol jamás declina sobre la tierra española, ha cristalizado en fabulosa realidad...

---

(1) Recordemos que fué en julio de 1582, cuando el marqués de Santa Cruz que mandaba la escuadra española, derrotó en aguas de las Azores al célebre prior de Crato.

Sobre la vieja piel de toro de nuestra península, allá hacia el sur, se alza, con su caótico hervideros de pícaros y valentones, la gran ciudad: Sevilla, metrópoli del Imperio, a cuyo puerto arriban los galeones de Indias con sus bodegas repletas de riquezas... Es el momento supremo, el fugaz instante de la máxima grandeza proyectada sobre las cinco partes del mundo.

1584. Los pueblecitos españoles continuaban siendo como eran antes y aun quizás como son ahora: casas humildes alzadas con sudores y esfuerzos; labriegos que doblan su cuerpo arañando la tierra; arrapiezos que corretean incansablemente por la plaza mayor; enjutas mujeres de caras tostadas y ojos parlanchines; capellán magro de sotana raida y menuda iglesia...

En uno de estos pueblecillos nace nuestro escritor. El pueblo está cercano a Murcia, tan sólo a una legua de la capital. No tiene, ciertamente, ninguna importancia; es una aldeilla más, una de tantas, perdida e ignorada en la anchura de nuestro suelo. Es —si alcanza a serlo—, apenas un puntito en la inmensidad del mapa peninsular, unos insignificantes y escasos centenares de metros junto a la abrumadora cifra de millares y millares de kilómetros cuadrados del territorio español.

Sin embargo, este pueblecillo gris y anónimo,

sin fuerzas para más, paralizado y quieto, anclado durante siglos en medio de los campos, va a cobrar de improviso, por inescrutable mandato del Destino, un rango inaudito, un honor inesperado: el privilegio de ser la patria de Saavedra. En un solo momento, de un solo golpe, sin ningún esfuerzo, por obra y gracia de la maravillosa fuerza del espíritu, va a entrar para siempre en el recinto de la Historia, memoria viva de los hombres que algunos llaman eternidad.

De ahora en adelante, para siempre, mientras el mundo exista, cualquiera que intente acercarse al hombre Saavedra y a su obra, tiene por fuerza que topar con este pueblecillo, tiene que aprenderse las nueve letras que componen su nombre y pronunciar infinidad de veces esta palabra de innegable sabor moruno: Algezares.

Cuán ajenos de la trascendecia de su acto estaban los que formaban aquella comitiva que, en la mañana del 6 de mayo, se dirigía hacia la iglesia de Nuestra Señora del Loreto. En primer término marchaban los padrinos, don Gabriel Dávalo y su mujer doña Blanca, ricamente ataviados. El, almidonada gorguera y negro pañete impecable; ella, corpiño ajustado con rizada lechuguilla alrededor del cuello y saya acampanada. Detrás, parientes, criados,... y chiquillos, muchos chiqui-

llos, los de siempre, con sus narices arremangadas y sus ojos traviesos.

Aquel pequeño que llevan a cristianar pertenece a una vieja familia del lugar. Ha nacido en las vecinas casas llamadas de Saavedra, donde se extienden las posesiones del Raiguero de Santa Catalina del monte, vínculo fundado muchos años atrás por uno de sus bisabuelos (2). No es por cierto este niño el heredero del apetecible mayorazgo y quizás por ello la ceremonia de su bautizo debió ser modesta. Un quinto hijo (3) cuando lleva por delante tres hermanos varones, tiene escasas probabilidades de entusiasmar y carece de la fuerza suficiente para lograr que su venida sea celebrada con ruidosas alegrías. Sin embargo, el hogar formado por sus padres —don Pedro y doña Fabiana—, es un auténtico hogar español donde hay siempre un hueco en la mesa para todo el que llega, y cuando éste es un hijo, hay también un buen pedazo de cariño en el corazón.

El clérigo de Vinuesa, también llamado Die-

---

(2) Era este don Juan de Saavedra, regidor perpétuo de Murcia, que casó con doña Isabel de Padilla, sobrina de don García de Padilla, confesor de la reina Isabel I.

(3) Sus hermanos mayores por orden de nacimiento fueron: Pedro, Juan, Constanza y Sebastián.

go, cura párroco de la iglesia de Algezares, le suministró las aguas bautismales (4).

De regreso, entonces como ahora, ante el jolgorio de una chicallería vocinglera, saldrían las comadres a los portales y el tahonero detendría su tarea para ver lo que pasaba en la calle...

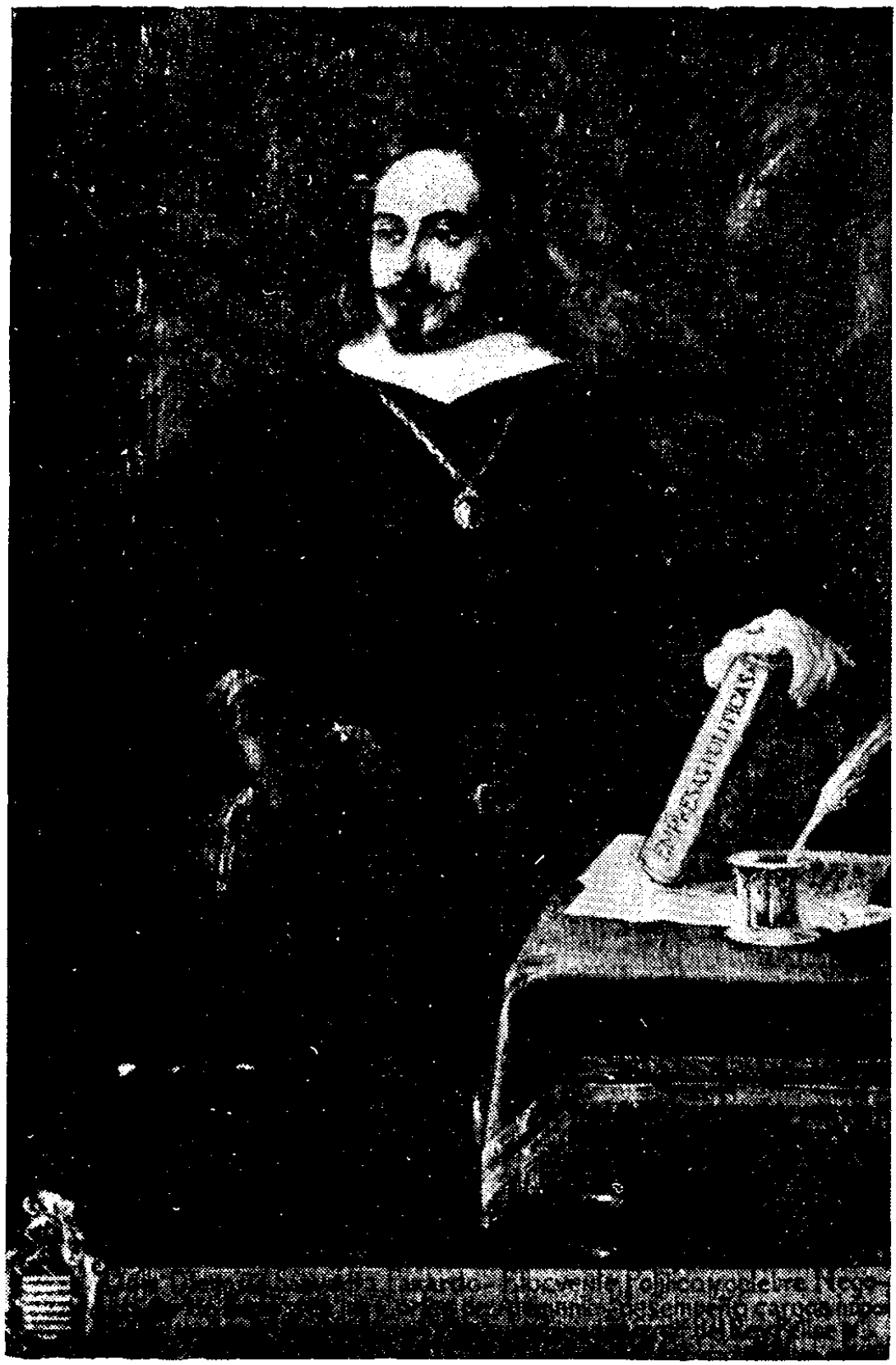
---

(4) En el L. 2.º, F. 4, part. 4.ª del archivo parroquial de la iglesia de Algezares, consta la partida de nacimiento de nuestro escritor, de la que hemos podido obtener la reproducción fotográfica que acompañamos en el presente trabajo, gracias a la fina amabilidad del actual cura párroco don José Muñoz. La citada partida dice así:

"En seis de mayo de mill y quinientos y ochenta y cuatro años baptice a diego hijo de pº de Saiabedra y de doña fabiana faxardo fueron sus padrinos don Gabriel dabalos y doña blanca su mujer Dº de Binuesa, Clgo."

CAPITULO II

DOS CIUDADES



D. DIEGO SAAVEDRA FAJARDO

Las letras tienen amargas las raíces, si bien son dulces sus frutos.
¡Qué congojas, qué sudores cuestan a la juventud!..

Empresa V

Murcia y Salamanca son las dos ciudades españolas en donde vive Saavedra la totalidad de sus años de infancia y parte de los de su mocedad. La primera de ellas, la de sus horas infantiles, maravillosa e inolvidable para su recuerdo; la segunda, días iniciales de su juventud, más triste y gris, ya empañada con los primeros sudores del trabajo.

Para Diego serán siempre muy distintas. En la ciudad natal, hasta en las calles parece que el viento conoce su apellido, y cerca de su casa se tiende perezoso el río que espumea sin cesar fugitivas canciones....

1.600.—Con el cambio de siglo llega también para Saavedra el cambio de vida. De repente tiene que abandonar todo lo que hasta entonces consideraba imprescindible: su hogar, sus primeros ami-

gos, su ciudad... De improviso todo va a quedar atrás porque ha sonado, por vez primera en su vida, la hora del deber. Desde este momento, hasta cuarenta y ocho años más tarde, ni una sola vez tendrá oportunidad de imponer su deseo, ni podrá nunca sacudirse el pesado yugo de la obligación. Siempre como ahora, tendrá que limitarse a obedecer.

Su primera despedida fué sencilla y emotiva. Diego cuenta sólo diez y seis años cuando emprende el camino hacia la lejana Salamaca. En su corazón crepitan, como leños viejos, fantasías e ilusiones...

En Salamanca permaneció todo el tiempo que duraron sus estudios de Jurisprudencia y Cánones (5). Fueron cinco años, cinco largos años durante los cuales tuvo ocasión de conocer todo aquel mundo abigarrado y bullicioso de la gran ciudad estudiantil. En cinco años hay tiempo más que suficiente para trabar auténticas amistades, algunas duraderas y entrañables como la de aquel Bernardino de Porras, su paisano y condiscípulo, y se pue-

---

(5) En el folio 44, asiento 14 del libro de matrículas de la Universidad de Salamanca correspondiente al curso de 1604-1605, figura inscrito un "Don Diego de Saavedra natural de Murcia, diócesis de Cartagena" en el cuarto año de estudiantes canonistas. (González Palencia: Saavedra Fajardo. Obras completas. Col. Aguilar. Madrid, 1946. página 12).

de ver de cerca gentes importantes, hijos de ilustres familias, nobles como Villena, Sesa, Terranova, Oñate... y un Gaspar de Guzmán, entonces jovenzuelo insignificante a pesar del alto cargo de rector que ocupó durante el curso de 1603-1604, y que pasado el tiempo encarnaría la imponente figura del todopoderoso Conde-Duque de Olivares.

Con la mayor parte de estos nobles entablaría don Diego posteriormente, en el tejer y destejer de la política de su tiempo, un conocimiento más directo y en ocasiones más íntimo. Será precisamente el citado Conde-Duque, en la época de su mayor auge y poderío, allá por el 1631, a quien Saavedra llevará un día el manuscrito recién terminado de su primera obra de tema político. En ella, después de su dedicatoria al valido, escribe don Diego estas palabras: «...Pongo en manos de Vuestra Excelencia *estos primeros pliegos*: si aprobare Vuestra Excelencia el intento, lo proseguiré, y, si no, deberé a Vuestra Excelencia, *entre otros favores,* este desengaño...»

En 1606, tras «haber leído diez lecciones de cánones, conforme a Estatutos» y graduarse de bachiller (6), da Saavedra por terminados sus estu-

---

(6) Obtuvo el grado de bachiller el viernes 21 de abril de 1606.

dios y abandona la ciudad castellana. Contrariamente a lo que podría suponerse, sobre su alma no gravita presión alguna que le obligue en días venideros a rememorar sus horas escolares.

De todas las enseñanzas, que no serían pocas, y de todas las experiencias, solo una, hipertrofiada y enorme como amoratado cardenal, le cruza de parte a parte el alma. Don Diego ha vivido en Salamanca un poco más intensamente que cualquiera de sus numerosos estudiantes; la ha observado día a día; ha frecuentado las aulas con curiosidad jamás satisfecha; ha tenido que sufrir, sobre su misma carne, toda una sarta de reglas y costumbres mantenidas por la sola fuerza de la tradición; ha soportado, curso tras curso, explicaciones farragosas, párrafos indigestos, tediosas deducciones demasiado prolíferas para ser eficaces... Saavedra, en fin, ha tenido que vivir durante años en medio de aquel ambiente escolástico, de aquel espíritu netamente medieval (7) que enseñoreaba los ámbitos universitarios de entonces.

Esta desagradable experiencia, sorbida por sus

---

(7) Deleito y Piñuela (pág. 21 y 22. "El Declinar de la Monarquía Española" Madrid, 1947) señala aquel " espíritu de la Contrarreforma... opuesto al medieval y escolástico de las dos entidades supremas —Pontificado e Imperio—, dirigiendo a los reinos particulares sumisos; **criterio al cual siguen aferradas las Universidades.**

ojos y aplastada contra su alma, terminará por chocar con su sensibilidad y le obligará a volcarse de un solo golpe sobre el apasionado campo de la negación. Por ello cada vez que se enfrente, a lo largo de su vida, con el tema de la Ciencia lanzará por delante, como una barrera de humo cegador, su irónico escepticismo hecho a un tiempo carcajada y lanza.

CAPITULO III

JUVENTUD OSCURA

El que espera tiene a su lado un buen compañero en el tiempo.

Empresa XXXIV

Un día tras otro, un mes y otro mes, durante años, espera Saavedra pacientemente el momento oportuno. Es esta una lucha sorda y silenciosa, penosa y enervante, capaz de hacer saltar los nervios de cualquier hombre. En cada instante, tras la esquina de cada momento puede hallarse la anhelada solución. Pero, mientras tanto, los días se suceden monótonos, largos, interminables... Significa una dura prueba, un penoso aprendizaje al que es necesario someterse y al que hay que tratar de superar. Otros, desesperan en estas horas amargas y silenciosas y terminan por sucumbir, pero no así nuestro escritor. Pacientemente, día tras día, aguarda, aguarda siempre...

No es fácil, ciertamente, ingresar en un abrir y cerrar de ojos, de la noche a la mañana, en los cerrados cuadros de la política y la diplomacia de su tiempo. Muy al contrario, se trata de un asun-

to largo y penoso, difícil y erizado de obstáculos en el que hay que aguardar siempre la coyuntura más favorable.

Durante estos años de juventud —de 1606 al 1612—, recluido sin remedio entre las cuatro paredes de su soledad y sometido a la terrible tensión de una espera que amenaza con no terminar nunca, es, precisamente, cuando comienza Saavedra su labor de creador.

Por vez primera se siente indefenso e inerme. Más allá de su existencia, en el mundo que le rodea, bailotean los acontecimientos en inexplicable confusión, y entonces él, que no puede más que esperar, esperar como un simple reo a que el Destino pronuncie su palabra, se vuelve hacia sí mismo y piensa que si bien «No podemos romper aquella tela de los sucesos, tejida en los telares de la eternidad;...» se puede «concurrir a tejella» (8), es decir, puede trabajar, crear, producir, no permanecer cruzado de brazos ante la vida que fluye inaprehensible con su monótono gorgoteo.

Tantas veces como se produzca a lo largo de su vida una situación similar, Saavedra tendrá para ella la misma respuesta. Cuantas veces se le acerquen las horas con oscura vaciedad se apresu-

---

(8) Empresa LXXXVIII.

rará a consumirlas de un solo golpe con decidido gesto de trabajador infatigable. El hombre activo y dinámico que alienta en él, no podrá llegar a comprender nunca la embriagante fruición de unos momentos de pereza. Para él, vivir no tiene más que una expresión: trabajar. Trabajar siempre, un día y otro, sin descanso; obedecer y mandar; leer muchas cartas y escribir otras tantas; trasladarse de un lugar a otro; asistir, esperar, pensar, exponer... y cuando, a pesar de todo, las horas le lleguen todavía libres y sin obligaciones, entonces, la consecuencia será siempre la misma: escribir, crear, volcar sobre el papel toda su activa naturaleza que no puede soportar ni un solo minuto de ociosidad.

Así, de esta forma, un día de su juventud, animado de afán creador, coge la pluma por vez primera y escribe. No posee todavía la enorme experiencia de la que podrá alardear más tarde casi al tiempo de cerrar su vida, pero sin embargo ahora ya, a pesar de su pocos años, también tiene algunas cosas que contar.

Pliego a pliego, despacio, va componiendo con morosa delectación su «República Literaria», aquella obra a la que años después, llamaría no sin cierta emoción, «delito de juventud». Sin quererlo demasiado va comunicando a su creación un extraño espíritu, vibrante y estremecedor a un tiempo como

un grito subversivo. En su alma ruge todavía el furioso oleaje de una experiencia reciente: Salamanca. No ha transcurrido el tiempo suficiente para que haya podido enterrar, bajo las arenas del olvido, su grueso puñado de conclusiones amargas. Y por ello, ante la elección del tema, Saavedra, no vacila ni un solo momento. La burla de la Ciencia es —aunque peligroso—, un tema apetecible para sus ansias irónicas. Al fin llegó su tiempo. Ahora, puede decir cuanto piensa de aquellos señores teorizantes; ahora, si es necesario —aun en peligro de contradecirse y de negarse a sí mismo—, llegará hasta la última de las consecuencias; ahora, puede permitirse la agradable diversión de despojar de su grandeza al ídolo intocable.

Día a día, entre las espumas de su entusiasmo, va creciendo el manuscrito. Cuando al fin lo termine, si quiere lanzarlo al conocimiento público, tendrá que silenciar su nombre y dejarlo correr de mano en mano bajo la protectora irresponsabilidad del anónimo (9). Su fina ironía, que sólo

---

(9) Saavedra escribió en el prólogo de su República estas palabras: "Dejéle peregrinar desconocido por España, para prueba del y de mí, sin que en el afecto y lisonja de los amigos se pudiese engañar el amor propio..." Sin embargo, García de Diego (Clásicos Castellanos nª 46. República Literaria. Madrid, 1923. pág. 24) con muy buen criterio comenta que "aun admitiendo como bueno este motivo, es de creer que otros, exceso de timidez, lo irrespe-

pretendía zarandear sin excesiva rudeza todo aquel mundo de la ciencia, ha ido un poco lejos.

En el año 1612 aparecen sus primeras composiciones poéticas. En Roma y Madrid se imprimieron, con alcance y motivos distintos, dos volúmenes de versos que agrupaban distintas colaboraciones y entre ellas la de nuestro escritor. Saavedra no podía cejar ni permanecer inactivo. Tenía, sobre todas las cosas, que hacerse notar, destacarse, y por ello sus versos, ya que no poéticos son al menos una sincera confesión de intenciones. En realidad, nuestro escritor, no persigue como fin primordial la creación de belleza, porque de ser así otra muy distinta sería su temática. Su intención es más modesta, aunque no menos ambiciosa: lo que verdaderamente le interesa es atraer la atención, fijar sobre sí mismo la mirada de los grandes personajes e influyentes políticos de su tiempo.

Desde el epígrama dirigido a don Rodrigo Calderón, aquel que tiempo después moriría en la horca, hasta las composiciones elegíacas dedicadas a la reina Margarita, Saavedra muestra siempre el mismo espíritu resuelto y tenaz, se adivina en él al joven que no parece dispuesto a dejar pasar la

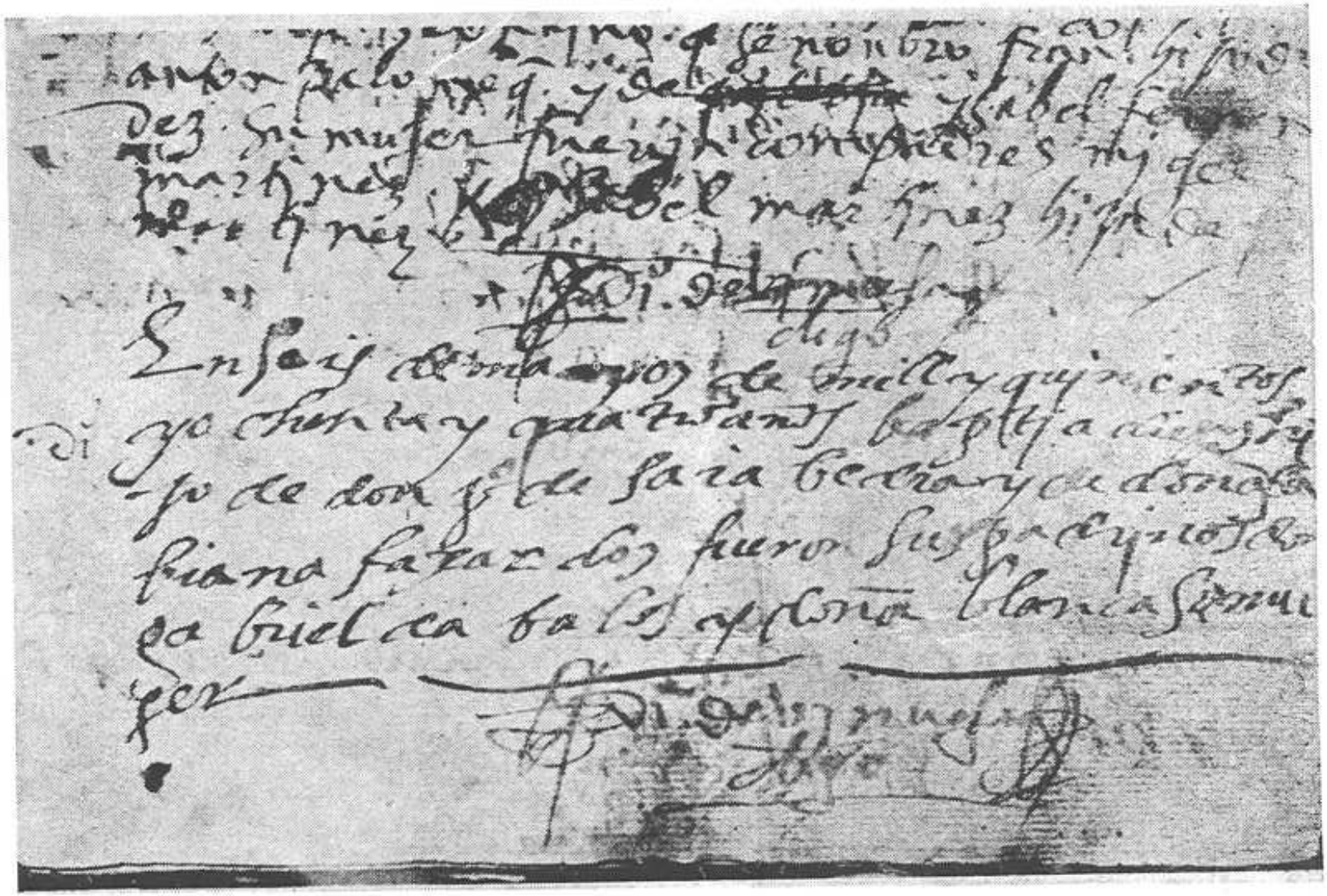
---

tuoso y desenfadado de sus burlas, pudieron influir en esta decisión".

oportunidad, al hombre que sabe que el destino está en la cara y cruz de una decisión y de un momento.

CAPITULO IV

LA HORA PROPICIA



PARTIDA DE NACIMIENTO DE DON DIEGO

En un instante llega lo que nos conviene o pasa lo que nos daña...
Empresa LXIV

Un día del invierno de 1612, allá en Roma, en calidad de familiar y secretario de la cifra del cardenal Borja, comienza Saavedra su actuacion politica. Al fin ha llegado la ansiada oportunidad; esperándola ha consumido la mayor parte de los años de su juventud y lo mejor de sus esfuerzos. Sin embargo, por esta vez al menos, puede darlo todo por bien empleado, ya que es, en este momento, en este minuto decisivo y rotundo que marca su ingreso en la política activa, cuando en realidad comienza su vida.

Todo lo anterior, todo lo que queda ya a sus espaldas, significa ahora bien poco; a lo más, para su recuerdo, un puñado de horas amargas y penosas, y para su vida, el inexcusable preámbulo, ese tiempo imprescindible y oscuro de toda gestación.

Sí; quizás entre los dedos del pretérito existía ya en potencia un auténtico político, pero esto

era bien poca cosa, ya que todo aquello que verdaderamente «es» necesita de una imprescindible corporeidad para ser tenido en cuenta. Por ello, Saavedra precisaba la llegada de este instante para lograr que su vida cobrase todo su exacto valor.

Desde este momento, cuanto le rodea comienza a tener para él un significado distinto del que hasta entonces conocía. Toda la jugosa pluralidad del mundo que alienta en rededor, se muestra ante sus ojos como una golosa sorpresa, como si en aquel momento terminase de estrenar sus retinas. Ambientes extraños; gentes diversas; nuevas formas de vivir... la vida en suma, incomprensible y atrayente, parece que se inclina sobre su alma con gesto de bienvenida...

Ahora, aunque parezca extraño, es cuando Saavedra comienza a vivir, ya que para él —como para todo hombre—, la vida no empieza más que allí, en el punto exacto donde la vocación se abre como un fruto maduro.

Cinco años emplea don Diego, al frente de los negocios de Nápoles y Sicilia, para conseguir que su labor empiece a ser notada. Al término de los mismos, en 1617, ha ganado ya por completo la confianza de cuantos le rodean y sobre todo la de aquel cardenal Borja, su señor —como él le llama tantas veces—, que termina encargándole el ma-

nejo de nuevos y más difíciles negocios. Desde este año hasta el de 1623, deberá atender a los papeles y cifra de la embajada española en Roma. La primera etapa de su actividad termina de ser superada con éxito.

Ahora, Saavedra ya no es como a su llegada aquel desconocido a quien todo el mundo miraba con prevenida desconfianza. Cinco años han tenido que transcurrir, pero éstos han sido suficientes para granjearle cordiales amistades y valiosas relaciones. Sus compañeros de trabajo y más tarde sus superiores, han terminado por darse cuenta de que aquel hombre que ocupa todas las mañanas, con encogida timidez, su pupitre de trabajo, no es uno de tantos, uno cualquiera de aquellos secretarios que abundan en toda embajada. Hay algo en él que le denuncia como un hombre distinto. Trabaja siempre con un ardor desconcertante y está dotado de una endiablada tenacidad. Su palabra es fácil y fluida y su gesto, acogedor y atrayente.

A mediados del año 1617, en el Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana de Santiago, un don Antonio de Cisneros, canónigo de la misma, presentaba las bulas y gracias que Su Santidad había dispensado a don Diego para que se le diese posesión de una canonjía a la sazón vacante y así se hizo tras las formalidades de rigor. De esta forma

tan sencilla, otorgando poderes al mencionado Cisneros; sin necesidad de trasladarse a la lejana Santiago, desde su puesto de Roma, actuando como siempre de secretario, entra Saavedra en posesión de aquella canonjía y de sus gajes que no debían de ser escasos.

Aquel ambiente de la Sede romana, un día extraño, es ahora acogedor y hasta agradable. Desde sus veintiocho años, hundido de lleno en su trabajo, en contínuo trato siempre con los mismos seres, alejado de todo calor familiar, ha terminado por cobrar cierto afecto a todo cuanto le rodea. Por ello no debemos creer que su intento en la citada canonjía alcance más allá de un simple móvil económico. Jamás, ni por un momento, cruzó por su imaginación abandonar la corte romana para trasladarse a Santiago. Era demasiado grata aquella soleada tierra, tan parecida a la suya, para cambiarla por los tristes y lluviosos días gallegos.

Durante cuatro años, de 1617 a 1621, día tras día, mantiene Saavedra el más inconcebible pugilato con el cabildo de Santiago por prolongar su inestable situación. Don Diego no desconoce que está faltando a las reglas más elementales; sabe que en ningún caso podrá prolongarse demasiado el disfrute de su canonjía sin hacer al menos el obligado acto de presencia y la consabida profe-

sión de fe. Pero a pesar de todo, lucha con su conocida tenacidad por dilatar aquello hasta un poco más allá de la última de las posibilidades. El cardenal Borja, el conde de Lemos, y hasta el mismo Papa —que autoriza con un breve el que cuenten a Saavedra por presente durante un año—, todos aportan su no pequeña influencia para detener por unos momentos —durante meses—, la aplicación de la ley. Hasta que al fin, un día— el 21 de junio de 1621—, rebasado ya todo límite de la paciencia del Cabildo, Saavedra se vió obligado a renunciar su prebenda.

CAPITULO V

CUATRO AÑOS DE SU VIDA

Tal es la tierra que aun a los mismos dioses hace sudar..

L. de Europa

Como si el asunto del canonicato hubiera sido la oculta señal, de pronto, sin anuncio previo, la vida de nuestro escritor cobra un agitado ritmo de incesante y agotadora actividad. Desde 1620, en que abandona Roma para ir a cumplir una importante misión política, hasta que, ya en posesión del alto cargo de procurador, se establece definitivamente en la ciudad de los Papas, en 1623, Saavedra no conoce en todo este tiempo, un solo día de reposo ni un momento de tranquilidad. Son cuatro años de ajetreo contínuo y trabajo abrumador.

Quizás, un poco antes de que los sucesos le envuelvan entre su corriente impetuosa, halló ocasión don Diego para poder realizar una de sus más viejas y queridas ilusiones. Allá, en la iglesia de San Pedro de Murcia, es donde desearía yacer después de su muerte. Ahora, la vida puede llevarle

por donde quiera y a donde le plazca, pero después... querría permanecer siempre allí, cerca de la casa solariega de sus mayores, hundido entre la misma tierra que conoció al nacer... Por ello, en 1620, autoriza a Martín de Valderas para que en su nombre obtenga, por postura de mil ducados (10), el derecho de enterramiento en la capilla de Santa Elena y el de colocar escudo de armas en el retablo (11). Este su deseo no llegó a cumplirse jamás y aun fué necesario que transcurriesen dos largos siglos después de su muerte para que sus restos reposasen al fin en tierra murciana. (12)

Por la primavera de 1620, acompañando al cardenal Borja, abandona Saavedra la ciudad de Roma para dirigirse a la vecina Nápoles. La misión de su señor, el Cardenal, es en extremo delicada e incluso penosa.

Mientras los que sirven a la patria fuera de la misma, hostigados sin cesar por el medio extraño en que se desenvuelven, están pendientes

---

(10) Aproximadamente un poco más de cinco mil pesetas.

(11) Y allí está todavía actualmente, en lo más alto del retablo el escudo de los Saavedras, del que acompañamos fotografía.

(12) En el tercer centenario de su nacimiento fueron trasladados sus restos a Murcia y depositados en la catedral. En la capilla del Beato Andrés Hibernón, sobre su muro izquierdo se halla la lápida —que hemos fotografiado para este trabajo—, que guarda sus restos.

siempre de su propia tarea y apenas hallan tiempo para rencillas e intrigas, allá en España, alrededor de los altos puestos políticos, crepita desordenadamente el fuego de los más bajos egoísmos y las apetencias más incalificables. Nada hasta entonces había hecho prever todo cuanto estaba ocurriendo. De improviso, sobre las quietas y podridas aguas del tercero de los austrias, se levanta, como terrible huracán, un extraño afán moralizador y revisionista. La tormenta que terminaría estallando en el reinado siguiente, bajo los pies del imponente Conde-Duque, se anuncia ya ahora con aislados relámpagos de destituciones y ruidosos procesamientos.

Uno de aquellos grandes personajes que ven apagarse de pronto el rutilante brillar de su buena estrella, es don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, virrey —gran virrey— de Nápoles y Sicilia. Para separarle de su cargo ha sido comisionado el cardenal Borja, el cual, ha creido necesario aportarse el concurso de nuestro escritor.

Al llegar a Gaeta se detienen los viajeros y desde allí se manda aviso al duque, pero el de Osuna, no parece deseoso de conversar con el purpurado y no se digna tan siquiera contestarle. Entonces —y como siempre—, ha llegado la hora precisa en que tendrá que intervenir don Diego. El

es, el encargado de allanar la primera gran dificultad que ha surgido y preparar el camino para la deseada entrevista. A sus dotes de hábil conversador y buen diplomático se suelen fiar siempre los momentos más delicados de toda negociación.

El 6 de junio de 1620, el cardenal Borja comunicaba a Felipe III que, por consejo de sus ministros y en vista de la situación de Nápoles, había tomado posesión del cargo de virrey. Durante los seis meses que el cardenal ejerció el virreinato, Saavedra actuó junto a él en calidad de secretario. Su más inmediato antecesor en el mismo puesto y en la misma ciudad, había sido también otro gran escritor: el inolvidable y genial don Francisco de Quevedo, gran amigo del duque de Osuna.

Recién terminado el asunto de Nápoles, a principios del año siguiente, emprende Saavedra la marcha hacia la ciudad de Roma, donde va a celebrarse la elección del nuevo Papa. Como auxiliar del cardenal Borja, asiste don Diego al cónclave en que fué promovido Gregorio XV, el infortunado Papa que fallecería poco después, a los tres años y cuatro meses de su pontificado.

De nuevo hay que volver a elegir a la cabeza visible de la Iglesia; pero esta vez la elección sería un poco más penosa y difícil que la anterior. Andan en juego intereses encontrados y la poderosa

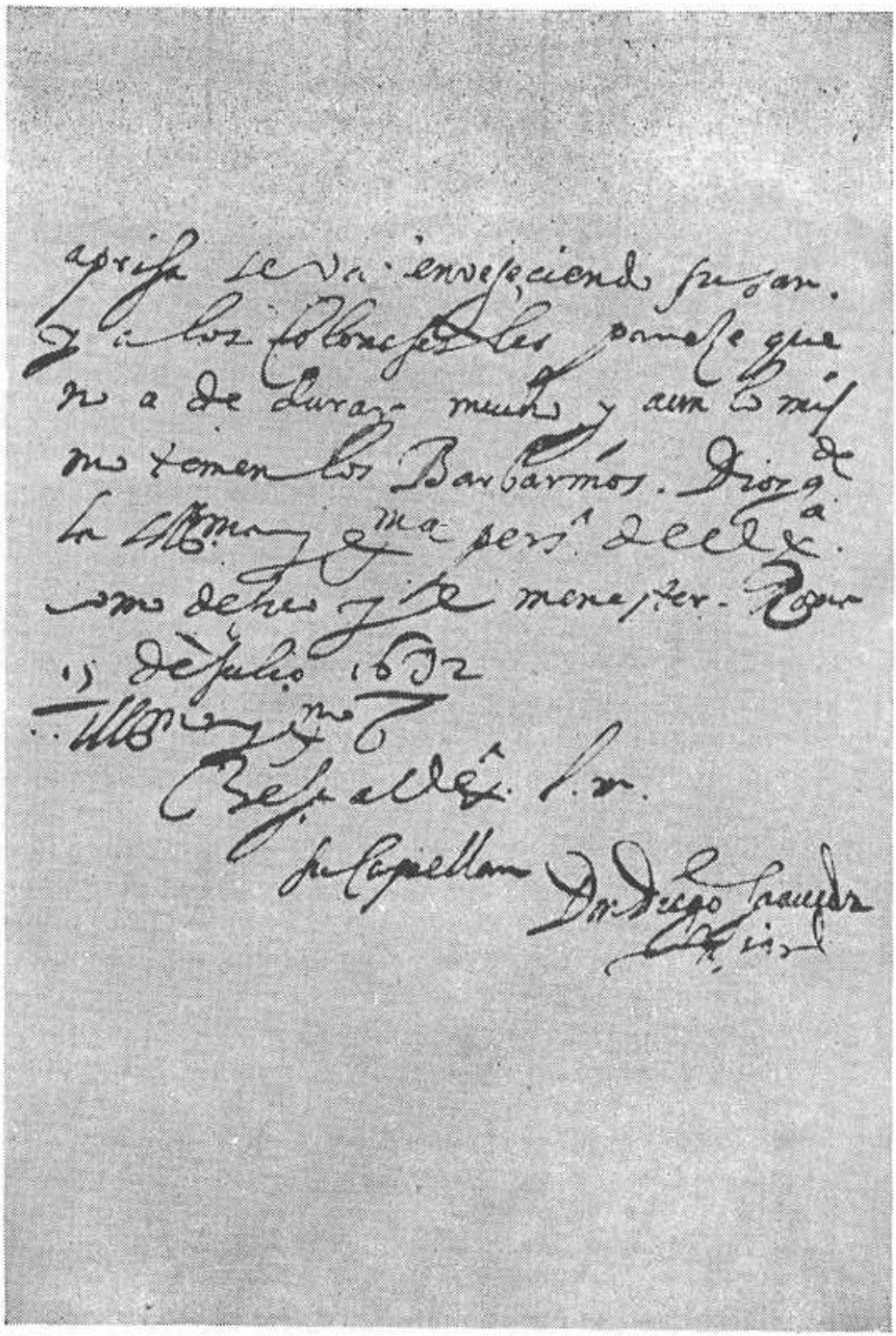
garra de la política asfixia las mejores voluntades. Al fin, el 6 de agosto de 1623, era elegido el florentino Mafeo Barberini, cardenal arzobispo de Nazaret, con el nombre de Urbano VIII. Este nuevo Papa, en cuyo escudo campean las abejas, no era ciertamente demasiado afecto a la causa española. Los diplomáticos españoles tenían ya un buen enemigo con quien contender.

Es éste el pontífice a quien Saavedra deberá, como él mismo nos dice, el emblema de su empresa XLII, en la que no es mera coincidencia que aparezcan las abejas. Baste recordar que el simbolismo himenóptero estaba tan ligado al nuevo Papa, que tras de su elección se originaría aquella graciosa anécdota que auguraba el aguijón para los españoles y las mieles para los franceses.

En el tiempo que media entre los dos cónclaves, todavía encuentra oportunidad Saavedra para realizar una fugaz escapada hacia la patria. Desconocemos cuál fué la fecha de su viaje y los motivos que le forzaron a él, pero consta sin embargo el dato irrefutable de su presencia en Madrid, los días nueve y diez de agosto de 1622.

CAPITULO VI

AGENTE EN ROMA



AUTÓGRAFO

Los esforzados hacen rostro a la fortuna...

Empresa XXXVI

No hay un solo momento en la vida de nuestro escritor en el que el azar haya puesto su poder decisivo. Todo lo que Saavedra va consiguiendo en su carrera política está totalmente alejado del favor de la suerte. Saavedra no tiene ni generoso protector ni altos valedores que le ayuden desde la corte; no posee título de nobleza; no es marqués ni duque; no se le reserva por derecho de herencia ninguna sabrosa prebenda ni ningún puesto brillante. Saavedra está solo, angustiosamente solo, desde el mismo instante en que inicia su difícil profesión. Sólo él y la vida, cara a cara; enfrente, el obstáculo que detiene su marcha y dentro de él, como un muelle que se dispara incontenible, el ardiente deseo que le fuerza y le anima a vencerlo. Y así, un día y otro, y otro... durante años. De vez en cuando, la honda satisfacción de un nuevo cargo logrado; la alegría de haber superado

otra etapa y haber alcanzado un nuevo peldaño que le aproxima hacia la cumbre, hacia los puestos supremos de mando, reservados entonces únicamente a los elegidos de la sangre, a los nobles que formaban la minoría rectora de toda la política (13). Es sólo pues el esfuerzo de sus propios músculos y las poderosas manos de su voluntad, quienes consiguen alzar —a pulso sobre el vacío—, su figura de gran político.

Pocos días antes de las navidades de 1623, el rey firmaba a su favor el título de procurador y solicitador en la corte romana, de los negocios de Castilla, de Indias y de Cruzada, vacante entonces por muerte de Francisco de Cosida. No era este cargo, como cabía esperar, el obligado epílogo de sus últimos cuatro años, ni supone tampoco el inevitable premio que cierra un brillante período de servicios eficientes, sino que, por el contrario, era tan sólo, la consecuencia natural y lógica de sus propias y afortunadas gestiones.

Es muy probable —por no decir, seguro—, que sin el certero y eficaz concurso de sus amistades, la plaza hubiera sido al fin ocupada por otro

---

(13) El mismo Saavedra hacía notar "que es dañosa la elección que sin distinción ni examen de méritos, pone los ojos solamente en la nobleza para los cargos de la república" (Empresa XVII).

cualquiera. Pero Saavedra apetecía aquella vacante y a sus deseos y ruegos, obedecen, como dóciles peones, las más altas e ilustres personalidades. Sobre la balanza de la decisión, va cayendo con su peso abrumador todo el lastre de las influencias: el Santo Padre, por intermedio de su Nuncio; el duque de Pastrana, embajador extraordinario en Roma; y, cómo no, también el cardenal Borja, su buen cardenal Borja... todos, unos tras otros, van dejando, como al descuido, su poso de recomendaciones en la voluntad real. Sin embargo, ésto era poco; a Saavedra no le bastaba todo este desfile de altos personajes, un buen político —y él lo era— no debe olvidar nunca el complicado engranaje burocrático. Había que asegurar también, si precisaba encerrar el éxito entre sus manos, esa pieza, insignificante y débil en apariencia pero poderosa y fuerte en realidad, del oscuro y omnímodo secretario. El puede con escalofriante facilidad lanzarlo todo a rodar; un simple descuido o un olvido involuntario bastaria para hacer fracasar sin remedio la gestión mejor preparada y el intento mejor planeado.

Andrés de Pradas, fué ese secretario a quien Diego tuvo que agradecer posteriormente su valioso concurso. Entre los muchos regalos con que le obsequió —roquete, amito, casulla...—, destaca el

envío de un lienzo que representaba la cena de Baltasar.

Ya instalado Saavedra en su nuevo cargo, una de sus primeras medidas es levantar la casa que mantenía en la corte. Ropas abundantes y numerosos enseres, muebles y utensilios, eran por cierto un equipaje quizás excesivo para ser trasladado todo a Italia. Esto fué lo que terminó por decidirle a enajenar parte de su ajuar en pública subasta. No obstante la acertada medida, tras de la almoneda, todavía quedaron algunos cofres para ser enviados. Su abundante equipaje fué trasladado poco a poco a Italia, aprovechando en una ocasión el regreso del Nuncio y en otra el viaje del conde de Monterrey.

El ama de Saavedra, que guardaba y cuidaba de su casa en Madrid, fué, a buen seguro, la única persona que no debió de alegrarse demasiado del ascenso. Nuestro escritor se preocupó por aquella vida humilde que quedaba en situación precaria. Toda la fría trama leguleyesca de un documento notarial, no logra sofocar la cálida vibración humana de aquellas palabras que aseguraban que se le había atendido convenientemente «así cuando asistió a la almoneda, como de gallinas y bizcochos estando mala, y otras menudencias que le fué enviando *para que comiera* por haberlo escrito así don Diego.»

CAPITULO VII

VIAJE A MADRID

Al ánimo constante ninguna dificultad embaraza...

Empresa LXXI

Durante diez años —de 1623 a 1633—, ocupa Saavedra el cargo de agente español cerca de la Curia romana. Significa este período de su vida, ya en plena madurez, el último paréntesis de sosiego. Aunque el cargo fuese un «puesto de tanto manejo... que debía ser Seminario de donde sacase Su Majestad sujetos para el capelo...» (14), la realidad era que las gestiones en tramitar hábitos, dispensas para cobrar rentas eclesiásticas, matrimonios entre parientes... etc, no pasaba de ser una ocupación tranquila y reposada. Diego podía, sin esforzarse demasiado, atender a la perfección todos aquellos asuntos y dedicar todavía algunas horas a sus viejas aficiones literarias.

---

(14) Así lo aseguraba don Diego, por boca de un tercero, en su célebre memorial. Carta desde Münster a S. M. en 7 de mayo de 1644 (González Palencia, obra cit. página 1384).

Cuando por orden del conde de Monterrey se traslada a Madrid en 1630, lleva ya su primera obra pendiente sólo de los últimos toques o finalizada por completo. Era aquel manuscrito de sus «Introducciones a la Política» que, según ya sabemos, entregó un día al Conde-Duque solicitando su juicio y opinión. Desconocemos cuál fué en definitiva la respuesta de don Gaspar, pero es muy presumible que ésta no fuese demasiado laudatoria y elogiosa, sino más bien una sincera y valiente confesión de aciertos y defectos; algo que, dejando abierto un portillo en las esperanzas literarias de Saavedra, le apartó del posterior retoque y pulimento de su obra y sobre todo de su inmediata publicación. Aquel su primer trabajo constituía, sin duda, un torso de vastas proporciones pero no era en sí misma una auténtica obra. Sus «Introducciones a la Política» son, en realidad, las introducciones a las «Empresas», el pasadizo que le conducirá hasta su gran obra.

Su estancia en la corte fué agitada y laboriosa. No solamente tuvo que atender sus ocupaciones políticas, sino que también reclamaron su asistencia diversos asuntos particulares, sobre todo aquel par de casas de la calle del Pez, fronterizas a la fuente del cura del Colmenar, cuyas incidencias le abocaron a un pleito que pareció intermi-

nable. Por ello aunque su permanencia en Madrid fué en esta ocasión bastante dilatada —poco más de un año—, apenas si halló tiempo Saavedra para realizar todo cuanto había proyectado. El deseado viaje a Murcia tuvo al fin que ser suspendido. Circunstancias diversas le imposibilitaban abandonar la corte y una vez más, don Diego, no pudo hacer otra cosa que resignarse y dejar para más adelante el poder ver a los suyos.

Cuando se mira la estela de su vida sorprende siempre que este hombre solitario, este ser cuya existencia transcurre despegada por completo de su tierra y de su hogar, rindiera un culto tan desmedido y apasionado a la familia. En cualquier momento sus parientes hallarán siempre en él al hombre que precisan. Dádivas y favores, peticiones y prebendas parten de sus manos apenas sin esfuerzo. Cuando en 1627 alcanza una chantría en la iglesia de Cartagena se apresura, ante la necesidad de tener que renunciarla, a solicitar el traspaso de la misma a favor de su sobrino Juan. En otra ocasión, atiende al pago de los derechos para la inclaustración de otra de sus sobrinas, en Santa Verónica de Murcia. Y, ya más tarde, al borde de su muerte, no olvida de recomendar al rey, a don Gregorio, sobrino predilecto en quien Saavedra había depositado todas sus esperanzas.

Así es, de esta forma —y no de ninguna otra—, como entiende don Diego el verdadero cariño. Como todo ser generoso, cree que el afecto, cuando es realmente entrañable, tiene que reportar siempre un beneficio para la vida de aquellos a quienes se ama. Jamás pudo entender, claro está, y por eso desaprobó rotundamente «Las donaciones... que con devota prodigalidad ni guardan modo ni tienen atención a la sangre propia, dejando sin sustento a sus hermanos y parientes contra el orden de la caridad.» (15)

Desde finales de 1630 hasta los primeros meses de 1631, nuestro escritor recorre con frecuencia aquellas calles y plazas de la corte. En ellas, no era demasiado difícil topar, a la vuelta de cualquier esquina, con la trágica comitiva de algún condenado a muerte o un pobre desgraciado que era conducido a galeras. El paso de los ricos carruajes obligaban a los transeúntes, ante el temor de ser aplastados, a buscar el seguro cobijo de los portales, tal era el tamaño de aquellos coches y tal la anchura de las calles. En aquel Madrid, corte y sede de Felipe IV, el Grande, polvoriento y sucio, oscuro como cueva a poco de anochecer, hierve un mundo extraño y paradógico. Junto al lujo increi-

(15) Empresa LXVI

ble y fastuoso la miseria más espantosa y repugnante; esquinadas figuras de alcahuetas resecas que no dan nada y jóvenes viciosas que lo entregan todo; caballeros que pasean engalanados y mendigos que se arrastran costrosos y malolientes; corral de las comedias donde se distraen los cortesanos y apestosas tabernas y sucios garitos donde gusanean fulleros y rufianes, pícaros y entruchones...

Saavedra no cesa, visita un personaje tras otro, frecuenta palacio. Cree firmemente que para él ha pasado ya la imprescindible etapa de toda prueba; ahora, si quiere ser sincero consigo mismo, debe confesarse que precisa más altos cargos. Sin él notarlo, comienza ya a sentirse molesto; parece como si le ahogara la estrechez de aquel puesto anodino y rutinario, que ha venido desempeñando durante siete años. Saavedra logra ser consultado para diversas plazas: en el Consejo de Italia, una embajada en Sajonia, agregado a la de Inglaterra... y al fin tras de su jura como secretario, para que pudiese intervenir en uno de los consejos de Estado, vuelve, por orden real, de nuevo a Roma para hallarse en la protesta que se había de hacer al Papa.

CAPITULO VIII

ITALIA OTRA VEZ

Cada uno es artífice de su ruina o de su fortuna...

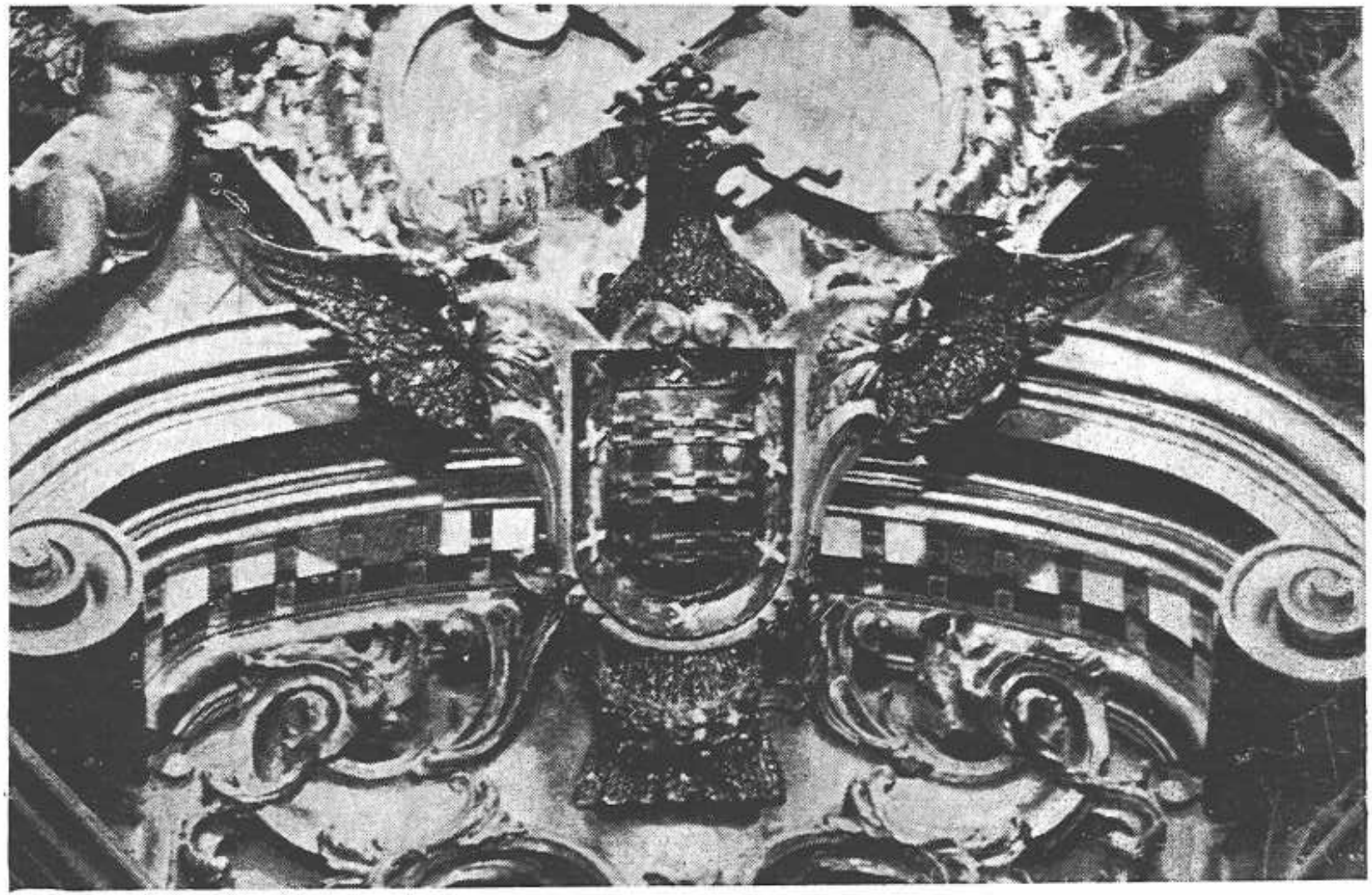
Empresa LXXXVIII

De nuevo regresa a Italia nuestro escritor. Todos aquellos meses que acaba de vivir en su patria no han sido para él demasiado beneficiosos. Nada ha podido lograr durante este tiempo ni ha conseguido el más pequeño avance en su carrera política. Todo está igual que antes o quizás un poco peor. Incluso hasta aquella carta que un día escribiera al Ayuntamiento de Murcia, exponiendo la audaz idea de transformar en navegable el río Segura, ha terminado por ser archivada fríamente sin que su proyecto lograse suscitar excesivos comentarios. Todo ha pasado un poco inadvertido, resbalando en silencio sobre la más unánime indiferencia.

Aparentemente pues, todo aquel tiempo que Saavedra ha convivido con sus compatriotas parece haberse perdido de la forma más lamentable. Cualquier otro que no fuese nuestro escritor, que no

poseyese, como él posee, una tenacidad gigantesca y una voluntad de roca, hubiera desmayado en estos instantes difíciles. Era duro, extraordinariamente duro, a sus cuarenta y seis años, cuando se sabe ya preparado y en posesión de la necesaria madurez e inteligencia que exigen los altos puestos, volver de nuevo al cargo minúsculo y a la tarea de auxiliar. Una vez más, deberá actuar de agente ante la Curia romana, una vez más, tendrá que oficiar de secretario del cardenal Borja... Cualquier otro, hubiera dejado sin duda, ensartada toda su firmeza y todo el puñado de sus ambiciones entre los afilados garfios de aquellas horas amargas; cualquier otro, claro está, pero no Saavedra. Esta es precisamente la diferencia entre el hombre elegido y el que no lo es. Más que en cualidades positivas para el desempeño de cualquier misión —cualidades que hay que poseer necesariamente—, la verdadera diferencia radica en la capacidad de sufrimiento, en la tremenda e incomprensible amplitud de estos espíritus extraordinarios para encajar sin desmayo todas las oleadas de infortunios y reveses, con los que la vida parece que trata de apartarlos de su verdadero camino.

Año y medio escaso —desde principios de 1632 hasta mediados de 1633—, dura el último período de su permanencia en Roma. Durante este tiempo,



ESCUDO DE ARMAS

aunque oficialmente ostente los mismos cargos —agente de Su Majestad y secretario del cardenal Borja—, ve aumentadas, día a día, sus ocupaciones y se va ampliando insensiblemente el campo de su actividad.

Los intereses españoles se hacían cada vez más difíciles de defender ante la manifiesta y clara hostilidad del Papa. Saavedra, que conocía bien todo aquel mundo que se agitaba alrededor de la corte pontificia, desempeñó en estos momentos un papel primordial de acertado consejero. El marqués de Castel-Rodrigo, embajador extraordinario, y el cardenal Borja, embajador ordinario, seguían con agrado las indicaciones de don Diego. Ante el giro que tomaban los acontecimientos, Saavedra creyó necesaria la aplicación de medidas antes drásticas que amigables y aconsejó una rotura suave de relaciones con la corte romana. Sin embargo, los hombres que dirigían nuestra política exterior, siempre titubeante e incierta, no llegaron a emplear solución tan enérgica. Hacía tiempo que había pasado ya la época de la fortaleza y el gran cuerpo del imperio comenzaba a sentirse enfermo, débil y extenuado por aquella contumaz sangría de las guerras en Europa.

Todo debió contribuir a un mismo fin y al mismo tiempo: tanto las acertadas gestiones e in-

tervenciones de su último período en Roma, como su última estancia en Madrid. Aquellos meses, que don Diego había creido infructuosos y perdidos no lo fueron en realidad. Alguien, desde las alturas, había tomado la oportuna nota, y en su tiempo exacto, como el granar de un fruto, llega a las manos de nuestro escritor, cuando éste menos lo esperaba, la orden que le sitúa de un solo golpe en los primeros planos de la política de su tiempo.

Si bien meses antes, don Diego había insinuado ya «que para todo conviene también que Su Magestad envíe persona que asista al duque de Baviera, y lo traiga a la amistad de Su Magestad...» (16), no podía nunca llegar a suponer que esa persona que los intereses españoles necesitaban cerca del duque era precisamente él, don Diego de Saavedra, ya maduro para desgranarse en generosas empresas. Desde Nápoles, escribiendo un día al Conde-Duque, se apresura a darle las gracias por el nombramiento con estas palabras: «Beso la mano de V. E. por esta honra.» (17).

Antes de partir para Alemania, debía llegarse

---

(16) Carta de don Diego al Conde-Duque desde Roma el 24 de julio de 1632. (G. Palencia, O. cit. pág. 1290).

(17) Carta de don Diego al Conde-Duque el 22 de marzo de 1633. (G. Palencia. O. cit. pág. 1299).

hasta Milán «donde hallará los despachos de Su Magestad y dos mil ducados que se le darán de ayuda de costa para esta jornada...» (18).

---

(18) Copia de la carta de don Andrés de Rozas al secretario Pedro de Arce. Madrid, 26 de febrero de 1633. (G. Palencia. O. cit. pág. 45).

CAPITULO IX

ALEMANIA

Ni el ocio ni el descuido, sino solamente el trabajo, abrió las zanjas y cimientos...

Empresa LXXI

En el otoño de 1633, emprende nuestro escritor el viaje hacia Alemania. Atrás, poco a poco, van quedando las sonrientes campiñas italianas que jamás volverá a ver. Otras tierras y otros cielos se abren, ya casi al término de su vida, con el mismo atrayente resplandor que para un viejo militar posee el último ascenso. Saavedra ya no es joven; se ha tornado más cauto y comedido, más reflexivo y prudente; lo que su cuerpo ha ido perdiendo en agilidad lo ha ganado su espíritu en experiencia y sabiduría. Hace ya mucho tiempo que su sangre dejó de golpearle el corazón con extrañas llamadas de exigencias inconfesables; ahora se ha hecho dócil y ordenada y riega en silencio, con la tibieza de su savia, aquel cuerpo sano de luchador. No; Saavedra ya no es joven; peina abundantes canas y sobre su rostro, como gloriosas cicatrices del du-

ro batallar cotidiano, van apareciendo las primeras arrugas. Sin embargo, queda por delante todavía un buen pedazo de vida. Quince años son, si no un tiempo excesivo, sí por lo menos suficiente para quien como él conoce el secreto de hacer fecundas todas las horas.

Con la llegada a Baviera comienza para don Diego la etapa más agitada y laboriosa de toda su vida. Son nueve años repletos de trabajos y abultados de actividad. Nueve largos años de difíciles gestiones, de ajetreo continuo, de asistencia a Dietas, de penosas diligencias, de firmas de tratados... y sobre todo en un continuo viajar, de tan extremada y dramática intensidad, que le permite en un corto espacio de tiempo —brevísimo para los medios de transportes de que se disponía entonces—, cruzar en casi todas las direcciones aquellas tierras de centro Europa. Cuesta esfuerzo y no poco trabajo seguir fielmente las huellas de nuestro escritor a través de este período de trepidante actividad. Tan pronto lo hallamos en Munich, como le vemos aparecer en Milán o en Mantua, o en Pontilier, o en Viena, o en Ratisbona... ciudades todas —como puede verse en cualquier mapa—, no demasiado cercanas entre sí.

En comisión de delicadas gestiones, ya como asesor o simplemente como testigo —mientras Eu-

ropa se agita en las postrimerías de la gran contienda religiosa—, va Saavedra durante meses y años de un lado para otro, de ciudad en ciudad, sin acusar nunca el menor signo de fatiga. Es precisamente durante estos nueve años, durante este período atosigante y agotador, capaz de quebrantar la más robusta naturaleza y hacer saltar en añicos la salud más espléndida, cuando vive nuestro escritor sus días más intensos e inolvidables. Días en que Saavedra, concluído al fin aquel aprendizaje que parecía interminable, puede actuar por propia iniciativa, libre y solo, alejado de toda dependencia inmediata y de toda vigilancia directa, días extremecedores, en que desde los cuatro puntos cardinales sopla, como un abrasador siroco del desierto, el aire encendido de las pasiones y los egoísmos, y en los que la atmósfera se carga de una enervante electricidad bélica; días, en que los acontecimientos estallan en el aire con olor acre de pólvora y funestos presagios; días, en fin, en que la madeja del acontecer guerrero se destrenza con derrotas fulminantes y victorias pírricas...

Y como si toda esta vida agotadora y extremada, capaz de extenuar a cualquier hombre, no poseyera todavía la suficiente altura emotiva, como si no encerrase entre el círculo de sus horas, la necesaria intensidad para absorber hasta la úl-

tima palpitación humana, aún se asoma nuestro Saavedra con limpio sosiego sobre el hontanar de los eternos problemas del espíritu. Parece como si todo lo que le rodea fuese para él un juego de niños. La abrumadora tarea que le envuelve no logra rozar, ni tan siquiera alcanzar el alto nivel de su capacidad de trabajo. En medio de todo, como en el más alejado retiro y en el más plácido sosiego, aún halla tiempo nuestro político para inclinar su frente sobre el pupitre de trabajo, todavia encuentra fuerzas para crucificar sus horas de descanso sobre el duro banco de la creación. Si no por otra cosa, por ésta al menos, por esta titánica lucha entre su espíritu y su ambiente, merecería Saavedra los honores de la inmortalidad. Así es, de este modo incomprensible, en estas condiciones completamente desfavorables, haciendo del camino lugar de meditación, transformando en escritorio las sucias mesas de las posadas (19), trocando el descanso en actividad, el sueño en vigilia, como le va naciendo de entre las manos, día tras día, su mejor libro, la gran obra, aquellas «Empresas» que parten de sus manos para cumplir entre otros fi-

---

(19) En el prólogo de sus "Empresas" nos dice Saavedra que "pensé en esas cien empresas que forman la "Idea de un príncipe político cristiano" **escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por los caminos..."**

nes, el no menos importante de eternizarlo, de alzar su nombre sobre la impenetrable oscuridad de los tiempos, de elevarlo sobre los siglos y fijarlo para siempre sobre la olvidadiza memoria de los hombres.

CAPITULO X

BAVIERA Y SU DUQUE

Tan gran corazón es menester para obedecer a la necesidad como para vencella, ..

Empresa XXXII

Durante el tiempo que nuestro escritor permaneció en Baviera tuvo que luchar continuamente con la desmedida ambición de aquel duque (20), siempre más inclinado a satisfacer sus propios egoísmos que a mantener con nobleza cualquier buena amistad. Desde aquel rincón de Alemania, entre extrañas costumbres y gentes desconocidas, sirvió don Diego una vez más a la patria querida y lejana, que empezaba a desfallecer; desde allí también, consumó en silencio, apenas sin darle importancia con un alto sentido del deber uno de sus más duros y costosos sacrificios.

---

(20) Mucho tiempo después estando ya Saavedra en Münster se expresaba así con referencia al duque: "si va a negocios pongo en consideración de Vuestra Magestad que si no le lleva asistencia de dinero, no negociará nada, y si las llevare, será dinero perdido." (G. Palencia. O. cit. pág. 1420).

Su vida en aquella corte fué sin duda penosa y desagradable. De vez en cuando, entre las noticias favorables o adversas de una Europa ensangrentada y deshecha por la guerra, se oye con levedad su tímido grito de llamada. Su repetida insistencia nos da la intensidad de onda de aquella vibración dolorosa, que nadie —no sabemos por qué—, ha tratado de explicarnos nunca. Parece increible, pero es cierto; a veces importa mucho más la materialidad de cualquier acto, que la fuerza misteriosa e ignorada que impulsó a él.

Oculto, íntimo, como el mismo latir de su corazón, guarda Saavedra en silencio la causa que le impulsa a querer abandonar aquella corte. El sabe que está primero el deber y luego, si queda tiempo, todo lo demás... Tempranamente, al mes escaso de su llegada, insinuaba ya a Madrid la conveniencia de su traslado (21). No dice el porqué, no señala con claridad el motivo para que se vea lo justo de su petición, prefiere darle a su deseo un carácter de intrascendencia que en realidad no tiene. Saavedra conoce con justeza el espacio sobre el que asienta sus pies; sabe que los pequeños problemas particulares no tienen cabida dentro de

---

(21) En carta de 23 de noviembre, dice que con la ida a Alemania del señor conde de Oñate se podría excusar allí su asistencia (G. Palencia. O. cit. pág. 1306).

LOS RESTOS QUE GUARDA ESTA LAPIDA
A 3 DE FEBRERO DE 1884
FUERON TRASLADADOS DESDE MADRID
Á LA MEMORIA
DE
DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.
CRISTIANO CABALLERO. HABIL POLITICO.
EXIMIO ESCRITOR.
NACIÓ EN ALGEZARES Á 6 DE MAYO DE 1584
MURIÓ EN MADRID A 24 DE AGOSTO DE 1648
R. I. P

aquel mundo forjado de renunciamientos; hace ya muchos años que aprendió que el servir a la patria con lealtad y eficacia, exige vaciar por completo en el molde de cada hora, las más queridas inclinaciones y los más entrañables sentimientos. Por eso ante la negativa del Consejo de Estado inclina la cabeza y prosigue sin titubeos ni vacilaciones el cumplimiento de su misión. No insiste en seguida, no alza la voz exponiendo la justeza de su demanda, aguarda sólo a que de nuevo salte la apetecida oportunidad.

En el año 1634, en dos ocasiones —junio y septiembre— aprovechando una vez la inminente llegada del Cardenal-Infante, y la otra, la resonante victoria de Nordlingen, eleva de nuevo su petición. En Madrid, debieron caer en la cuenta de que tan insistente petición debía encerrar sin duda serios motivos y trataron de complacer a Saavedra, pero en el último momento la oposición del citado duque de Baviera impidió que don Diego abandonase aquella corte. Es entonces, cuando el Consejo de Estado decide —tratando de paliar la nueva negativa—, otorgarle la merced de una plaza en el Consejo de Indias, cuyo título escrito no había de trasladarse hasta ocho años más tarde, es decir, hasta 1643.

Por fortuna para él sus ausencias de aquella

corte comenzaron a ser, desde 1636, cada día más abundantes y frecuentes. En el año citado abandonó por vez primera Baviera para trasladarse a Ratisbona, al convento electoral donde fué elegido el emperador Fernando III, y en aquella ciudad escribió su «Discurso sobre el estado presente de Europa».

Incorporado de nuevo a la corte del duque, escribía en primero de abril de 1637 a don Gaspar de Guzmán solicitando nuevamente —en esta ocasión con verdadera angustia—, su inmediato traslado. A esto debió de obedecer el que al siguiente año —1638—, se le encargase de un nuevo servicio y partiese para Milán con objeto de asistir y asesorar al conde de Leganés, en el tratado que se concertó con la princesa de Mantua y Monferrato. Terminada esta gestión, después de sus breves estancias en Mantua y Cremona, sale un día para su viaje a Borgoña a la que llegó tras de pasar «por Esguízaros, no sin algunos recelos de los cantones de herejes...»

De este viaje al condado de Borgoña, escribio don Diego una acertada «Relación» de gran fuerza descriptiva (22). En ella nos cuenta Saavedra sus

---

(22) Relación de don Diego de Saavedra Fajardo, consejero del supremo y real Consejo de Indias, embajador por

andanzas e impresiones. Sus descripciones de panoramas y ambientes son de entonces, pero podían ser de hoy y de cualquier tiempo; siempre el mismo cuadro tétrico y angustioso de miseria y de hambre... «Hasta allí —escribe Diego—, no está maltratada mucho la montaña; todo lo demás se ve abrasado, y mucho más la llanura, en que no puede imaginarse miseria tan grande que no hayan padecido estos vasallos,... Viven por los bosques comiendo yerba, y a veces, unos a otros; con esta desesperación salen a matar los caminantes, sin que se pueda dar paso sin un convoy grande».

En marzo de 1639 se hallaba otra vez en Baviera a donde había regresado tras de una ligera estancia en Viena, y a principios del año siguiente abandona al duque y a su corte para asistir en Ratisbona a una segunda Dieta, cuya apertura tuvo lugar el 14 de septiembre de 1640, es decir, precisamente, cuatro días antes de que se le concediese a Saavedra el hábito de Santiago (23). Terminada esta nueva misión, volvía otra vez a Viena, en don-

---

Su Magestad católica del rey don Felipe cuarto El Grande N. señor al elector de Baviera, de la jornada que por orden de Su Magestad hizo el año de mil y seiscientos y treinta y ocho al condado de Borgoña.

(23) El rey le concedió el hábito de Santiago por Real Decreto de 18 de septiembre de 1640.

de en julio de 1640 había fechado la dedicatoria de sus «Empresas», y desde la vieja ciudad imperial emprendió un día su viaje de regreso a la patria.

CAPITULO XI

REGRESO A LA PATRIA

...porque no es grande espíritu el que... no gasta aprisa el vaso del cuerpo.

Empresa XV

Tras de diez años de ausencia llega Saavedra a Madrid. Tristes y desgraciados acontecimientos se han producido en aquellos últimos tiempos. La realidad, a quien nadie puede tratar de eludir y de ignorar, ha terminado al fin por golpear con sus duros nudillos y exige de todos un momento de atención. El obligado epílogo de aquella funesta política acaba de llegar. Sobre el mismo corazón de las tierras de España, en el recinto de su península, se han alzado las armas de la rebelión. Primero Cataluña, después Portugal, más tarde Andalucía, Vizcaya... En un solo momento el cuerpo del imperio comienza a agrietarse amenazadoramente. No se sabe a donde acudir primero; no se hallan a mano los remedios necesarios; todo ha sucedido de improviso, en forma sorprendente. Se desconoce el grave alcance de cuando ocurre y ni

tan siquiera se han valorado las propias fuerzas. Sólo la seguridad de que la monarquía es poderosa, mantiene la creencia de que al fin todo podrá ser remediado. Pero antes, o al mismo tiempo, es necesario terminar con aquel ser vituperable, con aquel hombre funesto a quien el pueblo, la nobleza e incluso personas reales creen el culpable de todo.

Saavedra llega a la corte en este momento en que hasta el aire tiene sinuosos labios de conspirador. Se murmura en palacio, en los mentideros, en los portales, en las plazas... el pueblo apunta inflexiblemente, con sus cien dedos descarnados de la burla y el pasquín, hacia aquel hombre acabado que es ya el Conde-Duque. Saavedra entra en Madrid a finales de 1642 y en 23 de enero del año siguiente se produce la caída de don Gaspar de Guzmán. Una nueva era política, nadie sabía si mejor o peor, aunque todos creyesen que se había superado el mayor obstáculo, iba a comenzar.

Siete días antes de la caída del Conde-Duque, tomaba Saavedra posesión efectiva de su plaza en el Consejo de Indias con la antigüedad de 1635, que era la fecha en que se le otorgó. Sin embargo, iba a disfrutar durante escaso tiempo de este nuevo cargo, ya que a los pocos meses, con la llegada del verano, emprendía otra vez viaje hacia el extranjero, en esta ocasión hacia aquella lejana Müns-

ter, donde iban a reunirse las potencias europeas para tratar de la paz general. Don Diego había sido nombrado como uno de los embajadores plenipotenciarios que representarían a España en esta tarea.

Con sus cincuenta y nueve años a cuestas, sin haber gozado del merecido descanso que tan necesario le era, parte Saavedra una vez más camino del deber. Ahora el viaje es largo y penoso, Münster se halla a centenares de kilómetros y las jornadas son duras y extenuantes.

A su entrada en París, ciudad que como Bruselas forma parte de su itinerario, trató don Diego de poner en práctica una hábil gestión que había madurado durante su viaje. Por todos los medios intentó celebrar una conferencia con los ministros del país vecino y si no llegó a conseguirlo fué debido a la enérgica intervención de la reina francesa, que adivinando los propósitos de nuestro diplomático, le concedió solamente el tiempo escaso para oir misa y le obligó a salir, sin más dilación, de la ciudad.

En Bruselas cayó enfermo nuestro escritor. Sobre sus hombros, siempre abrumados de trabajo, comenzaba ya a gravitar el peso de los años. Su naturaleza fuerte y robusta daba el primer grito de alarma. Por un momento, creyó Saavedra que

era vano todo cuanto había hecho, todo cuanto había preparado, hasta aquel secretario, Juan de Arrazola-Oñate, tiempo atrás auxiliar del conde de Villamediana en Inglaterra, que se había procurado para el gran inminente congreso, iba a servirle de bien poco... Afortunadamente para él, aquella dolencia, durante la cual fué asistido por el doctor Chifflet, médico de cámara de Felipe IV, fué benigna y pasajera.

Su permanencia en esta ciudad, aunque breve y fugacísima, llegó a ser hasta tal extremo intensa que le permitió vivir, junto a las horas tristes de su enfermedad, momentos verdaderamente felices y dichosos. En Bruselas conoció al humanista Erico Puteano. Por unos instantes, en medio de sus quehaceres y ocupaciones diplomáticas, entre la agitada vida de su cargo político, se alza la grata y emocionante oportunidad de tratar de cerca, personalmente, a una de las mejores figuras de la intelectualidad de su época. Entre Erico y Diego cruzáronse laudatorias epístolas y los inevitables obsequios de sus libros.

Leyendo estas cartas, escritas en el clásico latín humanista, se siente uno trasladado de improviso a la ardiente época del Renacimiento, en que los hombres, con esa ciega seguridad que da siempre todo movimiento renovador, creían haber ha-

llado la clave de la Felicidad por el camino del estudio y la erudición, de las letras y el espíritu. Poco tiempo después, un siglo tan solo, en el momento en que nuestro escritor y Erico cruzan sus epístolas, ya están lejos aquellos días de esperanza; al fin, todo ha terminado retorciéndose brutalmente entre las convulsiones de un Barroco lujurioso, que ha perdido el camino de la serenidad y que tampoco la desea.

CAPITULO XII

SU ULTIMO SERVICIO: MÜNSTER

En nuestra mano está el ser buenos pero no el parecer buenos a otros
Empresa XV

Quizás, como el mismo Saavedra nos dice, no fuese Münster por su excesiva cercanía a la frontera holandesa, el lugar más apropiado para la celebración de aquel congreso de paz, pero designada al fin, como centro de reunión, la pequeña ciudad de Alemania se vió anegada de improviso por aquella ola humana —embajadores, secretarios auxiliares, criados...—, que afluía sin cesar desde todos los puntos de Europa.

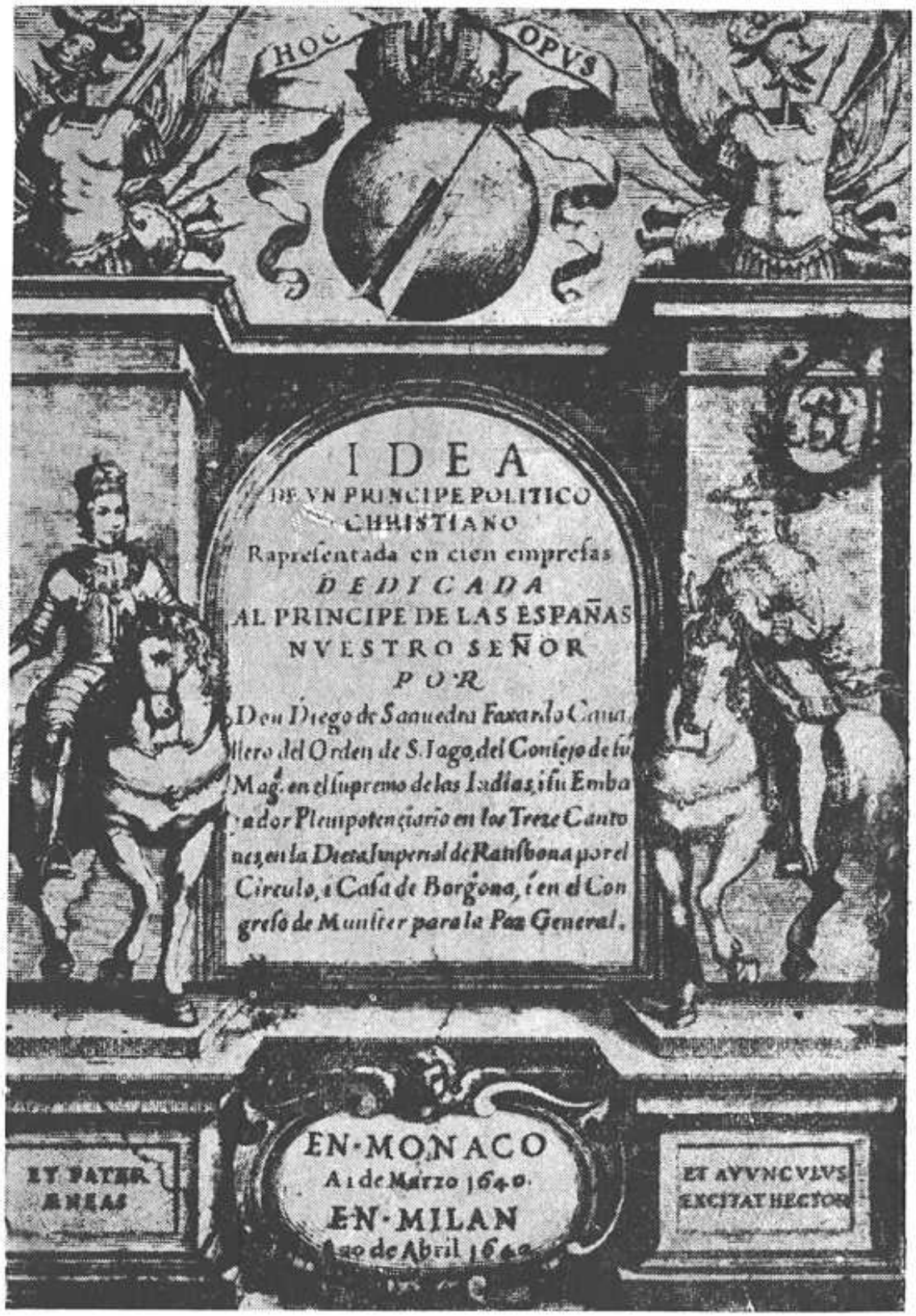
Una sorprendente actividad, un extraño y hasta entonces desconocido bullicio, inundó, como un torrente, calles y plazuelas. De improviso, comenzaron a verse carruajes suntuosos, embajadores ricamente ataviados, doseles en las casas de los plenipotenciarios, sitiales en las iglesias, recibimientos principescos..., se hablaba en diversas lenguas, en español, en francés, en alemán, en portugués, en italiano... Todo, cambió de repente en aquel

lugar que conservaría por unos años —hasta la finalización del congreso—, este carácter de nueva Babel.

Como era de esperar, la ciudad se fué quedando estrecha, cada día un poco más estrecha e insuficiente. Nadie había previsto semejante contingencia, y hubo que afrontar la realidad con remedios extremados. Las casas, al parecer ya de sí pequeñas, resultaron como es lógico infinitamente más reducidas y diminutas. Entonces se derribaron tabiques, se ampliaron salas, se inició la construcción de edificios de nueva planta y, hasta en algún caso, se llegó a obtener la autorización de un convento para transformar un claustro y algún otro aposento anejo, en improvisada y «muy decente» habitación.

La misión española se vió obligada, ante el lujo y la ostentación que le rodeaba, a mantener un nivel de vida que la escasez de sus medios económicos no podía soportar. El mismo Saavedra, uno de los plenipotenciarios que se desenvolvía con mayor modestia, nos confiesa que se vió obligado a tener «dos carrozas de terciopelo rojo con dos tiros de a seis caballos, una litera con sus mulas, cuatro lacayos, ocho gentiles hombres...» (24). Esto

(24) De la carta de don Diego a don Jerónimo de Villanueva el 12 de marzo de 1644 (G. Palencia. O. cit. página 1363).



PORTADA DE SUS EMPRESAS

explica que multitud de veces escribiese a Madrid con acento patético, cercado y acosado por la más angustiosa necesidad. «Yo me he empeñado —aseguraba en cierta ocasión— en más de cinco mil ducados, y quisiera tener mucha hacienda para emplearla en servicio de V. Magd...» (25).

Así, en lucha constante con las dificultades que todos los días parece que estrechan un poco más su cerco, preparando con entusiasmo la próxima labor a realizar, entrevistándose con emisarios, sondeando intenciones, informando con frecuencia al Consejo de Madrid, vive Saavedra día tras día, los últimos tiempos de su brillante carrera diplomática. Sin embargo, este hombre generoso que ha mirado siempre de cara a la adversidad sin huirle ni temerle nunca, no podrá superar en modo alguno la dura prueba que le aguarda.

Sí; en Münster es donde en realidad se enciende con vivo resplandor la llamarada de su plenitud, pero allí es también, donde se quiebra sin remedio la firme trayectoria de su vida política. El duro puño del destino, que le golpea sin compasión hasta lograr hundirle, le sorprenderá como siempre inclinado sobre su tarea, absorto en su trabajo,

---

(25) Carta de don Diego a Su Majestad el 4 de abril de 1644.

entregado a diplomáticos manejos o sentado ante su mesa, escribiendo en silencio. Este es el trágico signo de todos los galeotes del espíritu, de todos los hombres generosos que aman a su patria un poco más allá de su propia vida.

Y es un día, uno cualquiera, a la llegada de correo de España, cuando Diego de Saavedra recibe la humillante comunicación en la que se le dice que no debe «hacer nada más que oir y no proponer ni hacer juntas...» y aún se le prohibe hasta el «discurrir en las materias» (26).

Así es como se premia a este hombre que cargó un día, voluntariamente, con el pesado fardo del deber; así es como se responde a este ser que consumió su vida, de extremo a extremo, en el servicio de la patria y que ha sufrido por ella, calamidades, penurias, humillaciones...

No hay ser humano capaz de resistir con acierto este angustioso salto que conduce de la Plenitud a la Nada, del éxito al olvido, de la orgullosa labor a la humillante inmovilidad. Es demasiado duro y de todo punto insoportable abandonar en un

---

(26) Carta de don Diego al Marqués del Castel-Rodrigo el 25 de marzo de 1645. "Lo que yo me he dolido con V. E. es de que las órdenes continuadas son de que no hagamos nada más que oir y no proponer ni hacer juntas, y aun el discurrir en las materias prohiben..." (G. Palencia. O. cit. pág. 1414).

momento, lo que costó tantos años y tantos sudores de conseguir...

Saavedra escribía un día al marqués de Castel-Rodrigo, con el ánimo triste y abatido, estas amargas palabras: «Fuera de esta causa había la de mi salud, porque este clima húmedo y la melancolía de ver tan mal conocidos mis servicios me tienen con tan poca salud, que temo he de acompañar presto al conde Walter...» (27).

Nuestro escritor ya no podrá recuperarse nunca. Por esta vez el duro acero de su tenacidad se ha quebrado por completo. Está bordeando la senectud y el alma se le vacía aprisa de toda clase de esperanzas.

---

(27) Embajador español que había fallecido en Müuster el 3 de abril de año anterior.

CAPITULO XIII

LA VIDA SE APAGA

...la vida... solamente sosiega cuando toma tierra en las orillas de la muerte.

Empresa CI

A pincipios de 1646, Saavedra abandonaba Münster camino de España. Era aquel su último viaje, la etapa postrera de su dilatado caminar. Nunca más volvería a cruzar aquellas tierras de Europa tan familiares para él. Ahora, sexagenario ya, destrozado y rendido, con el alma amarga, va cubriendo en silencio las jornadas que le separan de la patria...

Antes de su salida de Münster ha tenido buen cuidado en dejar lista y terminada la impresión de su último trabajo, aquella «Corona Gótica» que escribió, según el mismo nos asegura, porque «pasándose los días, los meses y los años sin poder adelantar la negociación por las causas que sabe el mundo:... me hallé obligado a trabajar en algo que pudiese conducir al fin dicho del servicio del Príncipe nuestro Señor...» Un oculto y certero ins-

tinto parece advertirle que de todos sus esfuerzos, de todas sus ocupaciones, de sus muchos e interminables sacrificios, lo único que va a permanecer, lo único que tendrá validez en lo futuro serán aquellos trozos de papel escrito.

Fué sin duda este deseo de vigilar de cerca la impresión de su obra, quien le obligó a demorar su salida de Alemania, puesto que a pesar de haber escrito ya, en julio de 1645, su carta de despedida, en la que anunciaba la llegada del nuevo embajador que venía a sustituirle, no abandonó Münster hasta la fecha que ya conocemos.

A finales de agosto de 1646 se encontraba ya en Madrid, en donde se le nombró por entonces, conductor de embajadores y volvió de nuevo a su antigua plaza de Consejero de Indias. Saavedra, cansado y viejo, se acomodó con rapidez a aquella vida tranquila rutinaria de la corte.

De momento —ignoramos el porqué—, no pudo alojarse en ninguna de las casas de su propiedad que tenía en la calle del Pez, frente a la fuente del cura del Colmenar, y tuvo que conformarse con un alojamiento provisional en el Hospital de San Antonio. Saavedra inició gestiones para procurarse una celda en el convento de Agustinos Recoletos de aquella ciudad. Obtenido el permiso y la conformidad, las inevitables reparaciones y re-

formas consumieron buena parte de su dinero y la totalidad del escaso tiempo que le quedaba de vida, pues falleció antes de poder habitarla.

En aquellos últimos meses de su existencia, aun halló fuerzas don Diego para preocuparse por el más amado de sus sobrinos, por aquel Gregorio de Saavedra a quien logró conseguirle la merced del hábito de Calatrava, cuyas gestiones y gastos gravitaron por entero sobre nuestro escritor.

Saavedra comenzaba a notarse solo. Incluso algunas veces llega a sospechar que se le trata con gesto un tanto despectivo y no se le atiende como es debido. Su consejo y su palabra, que ha perdido ya la cálida fogosidad de antaño, se creen cada vez menos valiosos y menos necesarios. Ahora, ya no se le llama a consulta ni se le requiere para ningún nuevo servicio; otros, más jóvenes que él, gozan en este momento de la confianza y el crédito.

Es triste llegar a viejo porque en realidad se muere dos veces; ya que se siente y se vive toda la fría oquedad, todo el terrible vacío de la muerte antes de su llegada. Insensiblemente, la mano del tiempo va cortando las amarras y dejando aislado, cada día un poco más, a todo hombre que se resiste a abandonar la vida, a todo corazon que se obstina en seguir latiendo a pesar de sus años.

Nuestro escritor se ve asaltado también por esta indescriptible angustia, por este terror del vacío. A su alrededor ya no hay nada; si algo queda, es un negro silencio y un hálito embalsamado y escalofriante de viejos recuerdos que huelen a moho. Ya ha muerto el cardenal Borja, su buen señor; ya ha muerto también el Conde-Duque... los mejores amigos han terminado por ocultarse bajo la tierra en muda y trágica despedida...

Dos años después de su llegada a la corte, el 24 de agosto de 1648 fallece Saavedra en el hospital de San Antonio de Madrid. Alrededor de su lecho de muerte, hay unos pocos amigos y algunos criados. Así, modestamente, sin que el hecho trascienda demasiado, como una luz que agoniza, se apaga para siempre la vida generosa de nuestro escritor.

CAPITULO XIV

LA ESTELA DE UNA VIDA: SUS OBRAS

Lo que se esculpe en el ánimo de los hombres sustituidos de unos en otros, dura lo que dura el mundo.

Empresa C

Si recordamos que Saavedra fué, ante todo y sobre todo un auténtico político, no nos debe extrañar que la mayoría de sus obras versen sobre este tema. A excepción del puñado de sus poesías y de la «República Literaria» de distinta orientacion, todos sus demás trabajos tienen la misma tematica de índole política. Esto explica con bastante claridad, el que sus mejores obras sean las de su madurez, es decir, aquellas en que se ha unido ya el genio y la intuición politica con una larga y fecunda experiencia.

A su período juvenil pertenecen sus «Poesías», la «República Literiaria» y sus «Introducciones a la Política y Razón de Estado del Rey Católico don Fernando». En su madurez fueron logradas las «Empresas», «Locuras de Europa» y «Corona Gotica», además de otros pequeños trabajos tales como

Relación de la jornada al Condado de Borgoña», «Discurso sobre el estado de Europa» y «Dispertador de los trece Cantones Esguízaros».

REPÚBLICA LITERARIA

Por causas que desconocemos, don Diego no llegó a editar, aunque así lo tenía meditado tras el éxito de sus «Empresas» la presente obra. Solo siete años después de su muerte apareció en Madrid, con título y nombre distinto. Esta edición de 1655, se titulaba «Juicio de Artes y Ciencias» y se decía escrita por un tal Claudio Antonio de Cabrera. En 1670, apareció por fin la citada obra con su título de «República Literaria» y su verdadero nombre de autor.

Es esta obra un sueño o ficción alegórica a la manera lucianesca, en que el autor nos describe una ciudad fantástica, donde se hallan los personajes más representativos de las Artes, las Ciencias y las Letras.

El juicio que al correr del tiempo ha merecido esta obra ha sido, en términos generales, altamente elogioso. Francisco García Prieto, primer biógrafo de Saavedra, califica esta obra como la mejor de su autor. «Una dicción pura y rica —escribía—; un estilo generalmente claro, variado, correcto y elegante, sin afectación, a veces rápido y

lacónico, otras noble, sonoro y majestuoso, constituyen a Saavedra quizás el primero y mejor escritor prosaico castellano de su tiempo, y dan a esta obra la primacía entre todas las suyas». Y el gran polígrafo Menéndez y Pelayo veía en ella «...uno de los desenfados más ingeniosos y apacibles de nuestra literatura del siglo XVII, una también de las últimas obras en que la lengua literaria está pura de toda afectación y contagio». (28).

Saavedra describe con graciosa pincelada aquel mundo fantástico de su «República» y dice en uno de sus párrafos:

«...Dos gramáticos, cargados de cejas y prólijos de barbas, vestidos a la antigua, con escarcelas al lado y llaves pendientes del cinto, eran porteros y guardas de aquellas puertas:... era la Aduana, donde se descargaban los libros que de todas las naciones del mundo se enviaban a aquella República. Casi toda la plaza estaba ocupada de acémilas cargadas dellos; y algunas, aunque traían un libro solo, llegaban sudadas y anhelantes. Tal es el peso de una carga de necedades, insufrible aún a los lomos de un mulo. ...Acerquéme a un censor y ví que recibía los libros de jurisprudencia, ...Y

---

(28) M. Pelayo: "Hia. de las ideas estéticas de España". Santander 1940 t. II pág. 271 línea 12.

sin abrir algunos cajones, los entregaba para que en las hosterías sirviesen, los civiles de encender el fuego, y los criminales de freir pescado y cubrir los lardos...»

IDEA DE UN PRINCIPE POLITICO-CRISTIANO

La primera edición de esta obra es de Mónaco (Munich) 1640, y consta de cien empresas, pero la segunda edición —Mónaco, 1640— Milán, 1642— tiene ya en realidad c i e n t o una empresas. Este método alegórico de exposición no era por cierto demasiado original y en el siglo pasado se había empleado ya con mucha frecuencia.

Con esta obra, sin duda la mejor de nuestro escritor, Saavedra se sitúa por completo dentro de la corriente antimaquiavelista de su patria, que enlaza los nombres del P. Mariana, Ribadeneyra, Clemente, Garau, Quevedo, Gracián... (29).

En sus «Empresas» expone Saavedra cómo debe ser y cómo debe obrar un auténtico príncipe cristiano. Don Diego se nos muestra aquí, a través de su ideario, como hombre que en contacto con el extranjero se ha europeizado y se ha hecho más

---

(29) Sabino Alfonso-Fueyo: Saavedra Fajardo. Valencia, 1949. en la pág. 111 puede hallarse una exposición muy acertada y conseguida de esta tendencia española y posición cristiana.

flexible y comprensivo, pero que conserva, a pesar de todo y quizá por ello, un alto sentido hispánico, una rotunda concepción cristiana y española de la vida, y de sus problemas y soluciones.

«En la obra entera —escribe García de Diego (30)—, como vibración de un sentimiento patriótico, hay dos continuas manifestaciones: el vehemente enaltecimiento de las virtudes nacionales encarnadas principalmente en sus antiguos príncipes, y el amargo reproche de los defectos que corroían en su tiempo a la monarquía».

En su Empresa XL, hablando de los imperios, nos dice Saavedra:

«Los imperios adquiridos con la espada, se pierden, porque con las delicias se apaga el espíritu y el valor. La felicidad perturba los consejos, y trae tan divertidos a los príncipes, que desprecian los medios que los puso en aquella grandeza. Llegan a ella con el valor, la benignidad y el crédito, y la pierden con la flaqueza, el rigor y la desestimación; con que, mudándose la dominación, se muda con ella el afecto y la obediencia de los vasallos. Esta fué la causa de la expulsión de los cartagineses en España, no advirtiendo que con las mismas

---

(30) Pág. 39. Clásicos castellanos, nº 76. Idea de un Príncipe...

artes con que se adquieren los estados, se mantienen; en que suelen ser más atentos los conquistadores que sus sucesores; porque aquéllos para adquirillos y matenellos aplicaron todo su valor e ingenio, y a éstos hace descuidados la sucesión».

CORONA GÓTICA

La primera edición apareció en Münster en 1646 y estaba impresa en casa de Juan Jansonio Esta obra fué concebida por su autor como una continuación de sus «Empresas». Si en éstas se había tratado el tema del arte de gobernar, de un modo teórico, en la «Corona» se iba a desarrollar el mismo tema de una forma práctica, es decir como una breve y provechosa lección de Historia. Esta obra tuvo una segunda parte compuesta por don Alfonso Núñez de Castro, aprovechando para ello algunos originales inéditos de don Diego.

Saavedra dió a su «Corona» un aspecto tan ameno y atractivo como puede juzgarse por este párrafo que transcribimos:

«Dispuesto pues, los escuadrones, se acometieron con gran resolución y valor. Reconocían unos y otros que en aquella batalla consistía la pérdida o la conservación de España; el ser esclavos unos, y otros señores; el perder o el dilatar la religión propia. Mostrose por algún espacio dudosa la victoria,

pero después se declaró a favor de los africanos Procuró don Sancho detener a los suyos con exhortaciones y después con las obras, arrojándose en medio de los escuadrones, donde, seguido de pocos, fué muerto; con que todos se pusieron en huida. Siguieron los caballeros alarbes el alcance, con mucha mortandad de los cristianos; y, gozando de la ocasión que les daba la victoria, entraron por Andalucía y Lusitania, ocupando muchos pueblos, y principalmente a Sevilla, expuesta (por estar desmantelada) al que fuese señor de la campaña».

INDICE

		Páginas
CAP.	I.—Preludio	7
»	II.—Dos ciudades	15
»	III.—Juventud oscura	23
»	IV.—La hora propicia	31
»	V.—Cuatro años de su vida	39
»	VI.—Agente en Roma	47
»	VII.—Viaje a Madrid	53
»	VIII.—Italia otra vez	61
»	IX.—Alemania	69
»	X.—Baviera y su Duque	77
»	XI.—Regreso a la Patria	85
»	XII.—Su último servicio	93
»	XIII.—La vida se apaga	101
»	XIV.—La estela de una vida. Sus obras.	107

Se terminó de imprimir este libro el día 4 de abril de 1956, festividad de San Isidoro, Obispo de Sevilla, en los talleres tipográficos de capacitación infantil de la Casa «José Antonio», Murcia

ACADEMIA "ALFONSO X EL SABIO"

MURCIA

Otras publicaciones

MURGETANA: «Anales de la Academia». Años 1949 a 1955. Ocho volúmenes.

POLO DE MEDINA: «Obras completas». Prólogo de Valbuena Prat. 505 págs. 12 láminas.

BAQUERO ALMANSA: «Estudio sobre la literatura en Murcia desde Alfonso X a los Reyes Católicos». 1950.

FONTES Y PONTE: «Murcia que se fué». 254 págs., 1953. En cartoné.

GÓMEZ DE SALAZAR: «Gaceta de Murcia de 1706». 14 láminas en couché. 1953.

RIVERO: «Reseña histórico-numismática del Reino de Murcia». Varias láminas. 1951.

SOBEJANO: «El Lavatorio de González Moreno». 1953. 37 páginas en couché con grabados.

FRAGA IRIBARNE: «Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época». 710 páginas. 1956.

En prensa

BALLESTEROS: «Alfonso X el Sabio». Dos volúmenes. (Obra premiada por la Academia en el Concurso Nacional del VII Centenario de la Reconquista de Murcia.)

TORRES FONTES: «Edición crítica y paleográfica de los documentos inéditos de Alfonso X referentes a Murcia». (Obra premiada en el Concurso Nacional del VII Centenario de la Reconquista de Murcia.)

Pedidos a:

Apartado de Correos núm 347

MURCIA